

RIBA RIERA, Félix

Clérigo (1946-1966)

Nacimiento: Linyola (Lérida), 16 de octubre de 1946.

Profesión religiosa: L'Arboc del Penedés (Tarragona), 16 de agosto de 1964.

Defunción: Sentmenat (Barcelona), 15 de abril de 1966, a los 19 años.

Nació en el pueblo leridano de Linyola, el 16 de octubre de 1946. De la mano del salesiano don José Enseñat, reclutador de vocaciones, inició su preparación a la vida salesiana. Hizo el noviciado y profesó en L'Arboc del Penedés el 16 de agosto de 1964. Comenzó sus estudios de filosofía en Sentmenat (Barcelona).

Aunque era de fuerte complexión, en el verano del primer curso de filosofía y mientras se encontraba en su pueblo por motivos familiares, fue atacado de fuertes fiebres, que persistieron por espacio de un mes. Pero por fin, mejorado incluso su aspecto exterior, pudo renovar los estudios.

El 14 de marzo cayó enfermo de gripe junto con bastantes de sus compañeros. Mientras los demás se recuperaban al cabo de unos días, a él le seguía la fiebre. Hechos los análisis, se le descubrió un inicio de encefalitis meníngea. Ingresado en la clínica Corachán de Barcelona el 5 de abril de 1966, falleció a los pocos días, el 15 de abril, a los 19 años.

Félix, ajuicio de su director, era un religioso cuyas cualidades y virtudes eran una promesa de fecundo apostolado.

Era por naturaleza algo retraído y tímido, no demasiado comunicativo, pero dotado de un gran corazón y sobre todo de una gran fuerza de voluntad y capacidad de reflexión.

En su diario íntimo se encuentran sinceras confesiones de amor a Cristo y a la Virgen: «Cristo. He aquí la razón y el porqué de toda nuestra vida, de nuestra alegría. Cristo. El imprescindible. ¿Quién me apartará de Él?».

«Me gusta sentirme en tus brazos, María, y tu corazón con el mío, que es de Cristo... Tú, callada a nuestro lado, aupándonos siempre hacia Jesús. Te quiero, María».

No tuvo ocasión de ejercer el apostolado. Y no tenía miedo a la muerte, incluso a veces había manifestado su deseo de morir joven. El Señor lo encontró maduro para el cielo, con esa madurez conseguida a base de una entrega consciente, generosa y reflexiva a las exigencias de la llamada del Señor. Vivió conscientemente su vocación.

Era zapatero de profesión y trabajó en Valencia (1905-1910 y 1911-1912), Mozambique, Carabanchel Alto (1908-1911) y Sarria (1911-1914 y 1916-1928), donde murió el 10 de noviembre de 1928, a los 46 años de edad.

Su vida se podría resumir diciendo que siempre se sentía feliz, siempre pensaba en el cielo y siempre trabajaba contento. Así fue de aspirante, así de novicio y así de profeso.

Era un hombre muy cariñoso, sacrificado y piadoso, un gran maestro zapatero. Lo acreditaban su arte, su *Manual del zapatero*, y lo mucho que lo querían sus alumnos. Durante más de 15 años estuvo, siempre alegre y a pie firme, dirigiendo el taller de Sarria. Muchas personas se calzaban con zapatos de nuestras escuelas, porque sus zapatos resultaban siempre cómodos y elegantes.

En broma decía que para él resultaba poco descanso un domingo cada semana; así que celebraba fiesta también los lunes, en honor de San Crispín, patrón de los zapateros.

Fue misionero a Mozambique, cargado de ilusión y alegría; trabajó con todo su entusiasmo superando todas las dificultades de lengua y costumbres. Pero unas fiebres malignas le obligaron a regresar a España. Y, después de 15 años, volvieron las fiebres y hubo de dejar el trabajo. Los médicos lucharon contra su enfermedad; él, casi aliado con ella, practicaba cada día el Ejercicio de la Buena Muerte.

Fue largo y doloroso su mal. El señor Ribas se preparaba a morir con una resignación envidiable y una piedad extraordinaria; esperaba la muerte con piadosa alegría.